

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS
(Salamanca, 1922 – Madrid, 2020)

El día 21 de julio de 2020 nos dejaba, a los 98 años de edad, Francisco Rodríguez Adrados, una figura difícilmente repetible en la Universidad española. El profesor Rodríguez Adrados formaba parte de una generación, asimismo irrepetible, que colocó los Estudios Clásicos españoles en primera línea mundial, una generación a la que también pertenecen, por citar únicamente a los helenistas, colegas algo mayores que él como Antonio Tovar (profesor suyo en Salamanca) y Manuel Fernández-Galiano, sus casi coetáneos Martín Ruipérez Sánchez y Josep Alsina Clota, y colegas unos años más jóvenes como Luis Gil Fernández, José Lasso de la Vega o el filósofo Emilio Lledó. El trabajo de estos y otros sabios de la misma generación ha establecido los cimientos en los que se basan los estudios clásicos españoles todavía hoy, a través de la simiente que sembraron en sus numerosos discípulos y que estos han transmitido a la siguiente generación. Para ello, dado el terreno casi yermo del que partían, debieron huir de la especialización excesiva y formarse y formar a sus alumnos en una gran variedad de ámbitos, materias y técnicas propias de la Filología Clásica: literatura de todos los períodos, lingüística en sus diversas disciplinas (morfología, fonética, sintaxis, dialectología, historia de la lengua griega desde el griego micénico hasta el griego actual, lingüística indoeuropea), crítica textual, métrica, epigrafía, tradición clásica, etc. Y probablemente el profesor Rodríguez Adrados represente como ningún otro ese carácter multifacético, que le llevó a cultivar con maestría los más variados ámbitos de la filología y la lingüística. Quien esto escribe puede dar fe de ello en primera persona, ya que fue alumno del profesor Rodríguez Adrados en tres cursos anuales completos, dedicados a tres ámbitos diversos de la Filología: Comentario de Textos Griegos, Literatura Griega y Sintaxis Griega, a los que deben añadirse las inolvidables clases de Lingüística Indoeuropea que nos impartió cuando el titular de la asignatura, su discípulo Francisco Villar Liébana, le pidió que nos expusiera personalmente su controvertida tesis sobre las laringales indoeuropeas.

Francisco Rodríguez Adrados nació en Salamanca el 29 de marzo de 1922, hijo de maestros, de Juan Francisco Rodríguez Rodríguez (que fue director de la Escuela Normal de Maestros de Salamanca) y de la tureganesa Victoria Adrados Iglesias, una mujer que dejó profunda huella en la ciudad durante sus más de cuarenta años de trabajo como inspectora escolar. En la Universidad de Salamanca realizó sus estudios de licenciatura en Filología Clásica, para doctorarse en la Universidad Central de Madrid en 1948 con una tesis sobre el léxico de las fábulas esópicas, una línea de investigación que seguiría cultivando de manera muy fructífera durante muchos años. Ejerció su magisterio como catedrático de Filología Griega en las Universidades de Barcelona (1951) y Complutense de Madrid (1952-1988), a la que continuó ligado posteriormente como profesor emérito. Como tantos otros grandes helenistas y latinistas de su generación (los ya citados profesores Fernández-Galiano, Alsina Clota, Gil Fernández o Lasso de la Vega, por ejemplo), compatibilizó durante muchos años su cátedra universitaria con el desempeño de una cátedra de griego de Bachillerato, en su caso en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid (1949-1963). Incansable trabajador y dotado de una envidiable capacidad de gestión, el profesor Rodríguez Adrados simultaneó también durante muchos años la enseñanza universitaria con la presidencia del Instituto de Filología Clásica del CSIC. En 1990 fue elegido para ocupar el sillón *d* minúscula de la Real Academia Española de la Lengua y desde 2003 fue miembro de la Real Academia de la Historia; formó parte asimismo de la Academia Argentina de las Letras (1994) y de la Academia de Atenas (2003), y recibió el doctorado *Honoris Causa* por las universidades de Salamanca, San Pablo CEU y Panamá. Entre los numerosísimos reconocimientos que recibió, destacan el Premio de Traducción Fray Luis de León (1981), la Medalla de la Orden de los Santos Cirilo y Metodio de Bulgaria (1988), el Premio Menéndez Pidal de investigación en Humanidades (1988), el Premio de la Fun-

dación Aristóteles Onassis (1989), el Premio Castilla y León de Humanidades (1997), la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (1997), el Premio González Ruano de Periodismo (2005), el Premio Nacional de Traducción (2005), el Premio de Investigación de la Comunidad de Madrid (2007) y el Premio Nacional de las Letras Españolas (2012).

El profesor Rodríguez Adrados es autor de una ingente obra científica que, como su magisterio personal, quedará para siempre en la historia de la Filología Clásica y en la historia cultural de nuestro país. Como indicamos anteriormente, si es una característica común a los helenistas y latinistas de su generación el haberse ocupado de estudiar un amplísimo abanico de aspectos de los Estudios Clásicos, en el caso del profesor Rodríguez Adrados esa característica alcanza una amplitud realmente apabullante. Los cientos de libros y artículos que escribió abarcan una asombrosa variedad de temas y han contribuido grandemente al desarrollo de los campos de investigación correspondientes, con ideas a menudo innovadoras y atrevidas que con frecuencia han suscitado fructíferas discusiones académicas; los numerosos discípulos directos que ha dejado y los discípulos de sus discípulos forman una prolífica escuela que ha seguido cultivando las muy diversas vías de investigación trazadas por el maestro.

En el campo de la Lingüística, Rodríguez Adrados cultivó tanto la Lingüística General como la Lingüística aplicada en concreto al indoeuropeo y al griego antiguo, siempre desde una perspectiva fundamentalmente estructural, expuesta en sus libros *Lingüística estructural* (2 vols., Madrid 1969), *Estudios de lingüística general* (Barcelona 1969), *Nuevos estudios de lingüística general y de teoría literaria* (Barcelona 1988), *Estudios de semántica y sintaxis* (Barcelona 1975). Los numerosísimos estudios que el profesor Rodríguez Adrados dedicó a la Lingüística Indoeuropea han tenido grandísima repercusión internacional (y generado algunos de ellos largas controversias entre los especialistas); buena muestra de ellos son sus libros *Estudios sobre las laringales indoeuropeas* (Madrid 1961; segunda edición ampliada *Estudios sobre las sonantes y laringales indoeuropeas*, Madrid 1973), *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo* (2 vols., Madrid 1974), *Lingüística indoeuropea* (2 vols., Madrid 1975), *Die räumliche und zeitliche Differenzierung des Indoeuropäischen im Lichte der Vor- und Frühgeschichte* (Innsbruck 1982), *Nuevos estudios de lingüística indoeuropea* (Madrid 1988), *Laryngale mit Appendix?* (Innsbruck 1994) y el *Manual de lingüística indoeuropea* (3 vols., Madrid 1995-1998) realizado en colaboración con sus discípulos Alberto Bernabé Pajares y Julia Mendoza Tuñón. A estos títulos debe añadirse una casi juvenil gramática elemental del sánscrito (*Védico y sánscrito clásico*, Madrid 1953, reeditada en 1992).

Los estudios de Don Francisco sobre Lingüística Griega abarcan prácticamente todos los campos principales de la Lingüística (fonética y morfología, sintaxis, dialectología e historia de la lengua, semántica y lexicografía) y se ocupan de diversas épocas de la larguísima historia documentada, trimilenaria, de la lengua griega, desde el griego micénico (fue el inspirador de la tesis doctoral de Francisco Aura Jorro que acabaría dando lugar al monumental *Diccionario micénico* en 2 vols., Madrid 1985-1993) hasta el griego moderno. La dialectología y la historia de la lengua fueron el objeto de estudio de sus primeros libros (*La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*, Salamanca 1952, reeditado en 1997; *Diez inscripciones beocias. Introducción gramatical y comentario del Seminario de filología griega de la Universidad de Madrid*, Madrid 1953) y también de una de sus últimas grandes obras (*Historia de la lengua griega. De los orígenes a nuestros días*, Madrid 1999; véase también *La dialectología griega, hoy. 1952-1995*, Madrid 1998). Asimismo desde sus primeras investigaciones el profesor Rodríguez Adrados cultivó la lexicografía y la semántica, en concreto desde su tesis doctoral *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas. En torno a los problemas de la Koiné literaria* (Salamanca 1948). En este campo, su obra fundamental es, por supuesto, el gran proyecto (uno de los más importantes que ha emprendido la Filología Clásica española) de llevar a cabo un

monumental *Diccionario Griego-Español*, del que fue iniciador y director durante varias décadas; lamentablemente, los resultados alcanzados quedan actualmente muy lejos, en lo que al cumplimiento de los plazos temporales se refiere, de las expectativas iniciales (ideado en 1962, en 2019 se ha publicado el octavo volumen, que cubre parte de la letra épsilon). En fin, también la sintaxis atrajo la atención del profesor Rodríguez Adrados, que expuso sus ideas al respecto en su *Nueva sintaxis del griego antiguo* (Madrid 1992).

Por lo que se refiere a los estudios sobre literatura, no son muchos los géneros literarios principales de la Grecia antigua sobre los que el profesor Rodríguez Adrados no haya dejado páginas iluminadoras. Mención especial merecen sus numerosos e innovadores estudios sobre poesía lírica arcaica, sobre teatro y sobre la relación entre ambos géneros; baste citar su edición bilingüe de los *Líricos griegos: elegíacos y yambógrafos arcaicos* (2 vols, Barcelona 1956-1959, actualizada en 1990) y sus ensayos *Fiesta, comedia y tragedia. Sobre los orígenes griegos del teatro* (Barcelona 1972, reeditado en 1983), *Orígenes de la lírica griega* (Madrid 1976), *El mundo de la lírica griega antigua* (Madrid 1981), e igualmente sus traducciones de los líricos griegos, de Esquilo o de Aristófanes. También han sido fundamentales sus estudios sobre la fábula antigua y su pervivencia en nuestra tradición cultural, culminados con los tres volúmenes de su monumental *Historia de la fábula greco-latina* (Madrid 1979-1987). Entre sus autores predilectos tampoco han faltado, por supuesto, Homero (*Introducción a Homero*, Madrid 1963, reimpresso en Barcelona 1984, en colaboración con Manuel Fernández-Galiano, Luis Gil Fernández y José Lasso de la Vega) y otros grandes nombres de la literatura griega como los trágicos, Aristófanes o Tucídides, a quienes el profesor Adrados estudiaba siempre a la luz del pensamiento y las estructuras sociopolíticas de su época, como dejan constancia sus ensayos *Ilustración y política en la Grecia clásica* (Madrid 1966), *La democracia ateniense* (Madrid 1975), *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua* (Madrid 1995), *Democracia y literatura en la Atenas clásica* (Madrid 1997), *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno* (Barcelona 2006), *Hombre, política y sociedad en nuestro mundo* (Madrid 2008).

Dotado, como se dijo más arriba, de una notable capacidad de gestión y de una energía inagotable y legendaria, Francisco Rodríguez Adrados fue socio fundador y primer presidente de la Sociedad Española de Lingüística (1970-1974), y en 1954 fue socio fundador y primer secretario de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, institución de la que más tarde sería presidente durante tres períodos (1966-1967, 1970-1971, 1986-1999). La Sociedad Española de Estudios Clásicos tiene como objetivos fundamentales impulsar y difundir el conocimiento del Mundo Clásico y defender su presencia en el sistema educativo español, y en este último aspecto los Estudios Clásicos españoles estarán siempre en deuda con el profesor Rodríguez Adrados por su constante e incansable lucha en defensa del mantenimiento del latín y el griego en todos los niveles educativos, desde las muchas instituciones académicas de las que fue activo miembro y también desde sus sistemáticas colaboraciones en periódicos de tirada nacional, como *ABC* y *El Mundo*. Del recorrido de esa larga lucha el propio profesor Rodríguez Adrados ha dejado testimonio personal en su libro *Defendiendo la enseñanza de los clásicos griegos y latinos. Casi unas memorias (1944-2002)* (Madrid 2003).

Además de ser un grandísimo sabio, D. Francisco Rodríguez Adrados era también un gran personaje, dicho sea con el mayor respeto y en el mejor de los sentidos. Su nombre y su figura nos eran ya familiares a los jóvenes que habíamos estudiado griego en el Bachillerato, porque nos habían hablado de él nuestros profesores (en mi caso María Rosa Lafuente Pons, catedrática del Instituto de Bachillerato San Isidro de Madrid) y también porque en nuestras clases habíamos utilizado las antologías de textos griegos antiguos que D. Francisco había preparado en colaboración con otro sabio, Manuel Fernández-Galiano (*Primera antología griega*, Madrid 1969; *Nueva antología griega*, Madrid 1976) y con sus discípulas y entonces jóvenes catedráticas de Bachille-

rato Esperanza Rodríguez Monescillo y María Emilia Martínez Fresneda (*La Literatura Griega en sus textos*, Madrid 1978). Así pues, quienes habíamos optado por continuar nuestros estudios de griego en la Universidad esperábamos sus clases con gran expectación, y lo cierto es que tales expectativas no se veían defraudadas en absoluto. La inmensa amplitud de sus conocimientos y una memoria prodigiosa le permitían ir engranando argumentos que no era raro que lo llevaran lejos del punto de partida inicial, de manera que sus alumnos asistíamos fascinados a un recorrido que podía comenzar en Esquilo y finalizar en las runas nórdicas, apañándonoselas siempre D. Francisco (a los alumnos a veces nos costaba más) para retornar sin problemas al hilo principal de la argumentación; y como además D. Francisco aderezaba sus exposiciones con generosas dosis de humor socarrón (que solían comenzar con su inconfundible muletilla “oigan ustedes”), sus alumnos asistíamos siempre a sus clases con la expectativa de aprender muchas cosas y, de paso, reírnos un poco, que nunca venía mal. Y esas mismas expectativas veían colmadas los viajeros que acompañaron al profesor Rodríguez Adrados en los numerosísimos viajes que, sobre todo en el marco de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, capitaneó durante varias décadas (hasta casi o incluso rebasados los 90 años) en busca de las huellas que han dejado griegos, romanos y otros pueblos no solo en las riberas del Mediterráneo sino incluso en las lejanas India, Ceilán, Camboya, Tailandia o Etiopía. Sin duda cada uno de esos viajeros (que llegaron a formar algo parecido a un club de fans del profesor Rodríguez Adrados) tendrá en su memoria algún momento especialmente emotivo ligado a la figura de D. Francisco, bien escuchándole recitar versos de la *Iliada* ante los restos de Troya, o disertar sobre la literatura grecosiciliana en Siracusa o sobre la colonización griega en Cirene, o hablar sobre la India antigua en algún lugar de ese subcontinente. Quienes tuvimos la fortuna de conocerlo lo recordaremos compartiendo su sabiduría o contando sus anécdotas en las aulas o en un autobús de viajeros, y también viéndolo subir enérgicamente a un monte donde había algo que suscitaba su curiosidad o, ya casi octogenario, empeñado en caminar (y hacernos caminar) varios kilómetros en busca de los restos del santuario de Deméter *Malophoros* en Selinunte; porque uno no puede despedirse de este mundo sin haber saciado en lo posible su curiosidad y sin haber aprendido todos los días muchas cosas, como decía el viejo Solón de Atenas.

Fernando GARCÍA ROMERO
Universidad Complutense de Madrid